



Ser santo, consistirá en hacer la voluntad de Dios

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

Aceptar siempre la voluntad de Dios en nuestra vida: «*Dichosos los que tienen hambre y sed de hacer la voluntad de Dios, porque Dios los saciará*» (Mt 5,6). No basta que conozcamos los caminos de Dios para santificarnos, es necesario andar por ellos. No basta que conozcamos lo que Dios quiere, su voluntad, sino que hay que cumplirla. San Ignacio solía terminar sus cartas con frases como esta: «*Dios nos dé su gracia para que podamos siempre sentir y cumplir su santísima voluntad*».

Los ejercicios no son solo ejercicios de oración y encuentro íntimo con Dios, son también principalmente, una búsqueda de la voluntad de Dios sobre nuestra vida, y al cambio de vida que esta conlleve. Y este cambio, que se debe producir, hay que desearlo. Sin prisa excesiva. No querer otra cosa, como la Santa:

«Yo deseo servir a este Señor. No pretendo otra cosa sino contentarle. No quiero contento ni descanso ni otro bien sino hacer su voluntad» (Vida 25,19).

La voluntad de Dios debe ser para nosotros la razón y el sentido de toda nuestra vida cristiana, como lo fue para Cristo, quien viniendo a este mundo consagró su existencia diciendo: «*Heme aquí, Dios mío, para hacer tu voluntad*» (Heb 10,7). La voluntad de Dios debe ser también, nuestro alimento, como lo era para Cristo: «*Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió*» (Jn 4,34).

En la vida de San Francisco de Borja hay una escena conmovedora, en la que el Duque de Gandía orante ante el crucifijo pidiendo insistentemente la salud de su amada esposa, tiene un remate sumamente aleccionador. Percibe clara y penetrante la voz de Cristo: «*Francisco, si tú quieres la salud de tu esposa, te la otorgo; pero no te conviene*» Borja, anonadado por la dignación del Señor, da su respuesta de generosa inmolación: «*Señor y Dios mío? ¿De dónde a mí que Vos dejéis en mis manos lo que está solo en las vuestras? ¿Quién mejor sabe que Vos lo que a mí me cumple? Pues, Señor, no quiero que se haga mi voluntad, sino la vuestra. Quiero lo que Vos queráis. Os ofrezco no solamente la vida de mi esposa, sino la mía y la de todos mis hijos. Os ofrezco cuanto poseo en el mundo. Haga yo siempre vuestra voluntad*»¹. Es necesaria esta aceptación incondicional de la voluntad de Dios.

Cumplir la voluntad de Dios es la perfección cristiana, el programa de nuestra santidad, el fin al que van dirigidos todos los medios. Dios quiere que cambiemos de vida, que vivamos según su voluntad, y a esto nos ayuda el que nos acerquemos a estos ejercicios con este deseo de cambiar. «*Lámpara es tu Palabra para mis pasos, luz en mi sendero*» (Sal 119,105). La voluntad de Dios se nos muestra a través de los mandatos, prohibiciones y acontecimientos que nos suceden, y que son queridos o permitidos por Dios para nuestra santificación. Dios saca bien incluso de los males. El hombre de fe que quiere ser santo, también de todos los acontecimientos saca fruto, viendo la mano providente y

¹ JOSÉ SOLÉ ROMA CME, Apóstoles de Cristo, Ed. Ave María. Barcelona. 1989. p. 383.



poderosa de Dios en todo lo que le sucede, «*Todo contribuye al bien de los que aman a Dios*» (Rom 8,28). «*Si me amáis guardareis mis mandamientos*» (Jn 14,15). «*Si alguno dice: yo amo a Dios y no cumple sus mandamientos, es un mentiroso*» (1Jn 4,20).

«Más de ser posible no hay que dudar cómo lo sea la unión verdaderamente con la voluntad de Dios. Esta es la unión que toda mi vida he deseado; ésta es la que pido siempre a nuestro Señor y la que está más clara y segura» (5Moradas 3,5).

San Francisco de Sales dice: «*La doctrina cristiana nos propone claramente las verdades que Dios quiere que creamos, los bienes que quiere que esperemos, las penas que quiere que temamos, lo que quiere que amemos, los mandamientos que quiere que cumplamos, y los consejos que desea que sigamos. Y todo esto se llama voluntad significada de Dios, porque nos ha significado y manifestado que quiere y desea que todo ello sea creído, esperado, amado y practicado*»². Hay que ponerlo por obra, dice la Santa.

«¡Oh, qué dicha tan grande será alcanzar esta merced!, pues es juntarse con la voluntad de Dios, de manera que no haya división entre Él y ella, sino que sea una misma voluntad; no por palabras, no por solos deseos, sino puesto por obra» (Conceptos del amor de Dios 3,1).

Por el bautismo, Jesucristo nos incorpora a su cuerpo místico, nos comunica su vida divina, y la gracia santificante; con ella nos infunde la caridad, y nos hace santos. «*Linaje escogido, nación santa*» (1Pe 2,9). Este don hacia nosotros nos impone unas obligaciones. Tenemos que conservar y acrecentar en nosotros la gracia santificante y perfeccionar la caridad, el amor, que es lo que Dios quiere de nosotros.

¿Cómo podemos llevar a cabo esta obligación? Lo dice claro el Vaticano II: «*A fin de que la caridad crezca en el alma, como una buena semilla, y fructifique, debe cada uno de los fieles oír de buena gana la Palabra de Dios y cumplir las obras de su voluntad con la ayuda de su gracia, participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía y en otros actos de culto; aplicarse de una manera constante a la oración, a la mortificación de sí mismo, a un fraterno y solícito servicio de todas las virtudes*»³. No basta que digamos a Dios: te amo; hay que demostrarle nuestro amor cumpliendo sus planes sobre nosotros, para complacerle hasta en las cosas más pequeñas. «*Dichosos los que tienen hambre y sed de hacer la voluntad de Dios, porque Dios los saciará*» (Mt 5,6).

«No se nos olvide esto, que importa mucho, ha de ser trabajar y determinarse y disponerse, con cuantas diligencias pueda, a hacer su voluntad conforme con la de Dios... y en esto consiste toda mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual. Quien más perfectamente tuviese esto, más recibirá del Señor, y más adelante está en este camino» (2Moradas 1,8).

Un buen hijo que ama de veras a su padre no se contenta solo con demostrarle su cariño. Sino que procura hacer siempre su voluntad, desde el momento en que sabe lo que quiere, se esmera en complacerle en todo y no solo eso, sino que acepta de buen grado molestias y sacrificios que sean

² SAN FRANCISCO DE SALES, Tratado del Amor de Dios. Ed. Apostolado Mariano. P. 441.

³ Concilio Vaticano II. LG. 42.



necesarios. Así ha de ser nuestra conducta con Dios. No solamente amarle con amor interior y afectivo, sino con obras, cumpliendo su voluntad, así en lo que hemos de hacer, como en lo que hemos de sufrir. De no ser así, nuestro amor hacia Él será ilusorio y engañoso. *«Si me amáis, guardareis mis mandamientos. El que guarda mis mandamientos, este es el que me ama»* (Jn 14,15). En todo, dice la Santa.

«La suma perfección está en tener nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo sabroso como lo amargo, entendiendo que lo quiere Su Majestad» (Fundaciones 5,10).

Podemos estar cumpliendo toda nuestra vida la voluntad de Dios a medias, o con resignación, porque no nos queda más remedio; si es alegre, mejor; si es triste, quejándonos. O bien podemos aceptar todo conformes, porque Dios quiere lo mejor para sus hijos. No siempre lo entendemos, pero si viene de Dios, bienvenido, lo acepto y me santifico. Y mejor aún sería si nos abandonáramos a su voluntad, siguiendo el ejemplo de Jesús: *«Padre, si quieres aleja de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»* (Lc 22,42).

San Ignacio como oración preparatoria (E.E. nº 240) dice: *«pedir gracia a Dios nuestro Señor para poder conocer en qué he faltado acerca de los diez mandamientos, y así mismo pedir gracia y ayuda para enmendarme en adelante, pidiendo perfecta inteligencia de ellos para guardarlos mejor, y para mayor gloria y alabanza de su divina majestad»*.

La santidad consiste en hacer lo que Dios quiere, y en querer lo que Dios hace, aunque a veces cueste llevarlo a cabo en nosotros. Pero no es imposible, porque a los santos también les costaba, y lo hicieron. ¡Qué alegría poder decir al final de nuestros días: he procurado siempre buscar y seguir la voluntad de Dios en todo! No nos alegrarán tanto los triunfos, ni nos importarán los fracasos. Lo que nos importará, y mucho, es si hemos amado el querer de Dios sobre nuestra vida. La Santa podía decir.

«Que ya hace algunos años que me tenéis de vuestra mano y me veo con deseos y determinaciones, y he experimentado en estos años muchas cosas, que no hago ni una pequeña cosa contra vuestra voluntad, aunque debo hacer hartas ofensas a Vuestra Majestad sin advertencia» (Vida 6,9).



Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!